

cosa tan grande por la excelencia de su naturaleza y por su capacidad de conocer y gozar del infinito, que aun en las mas depravadas debemos respetar la posibilidad de su conversion; debemos venerar en ellas este poder que un soplo de la gracia puede animar, para manifestar su gloria y la superioridad de la bondad divina sobre todas las verosimilitudes humanas.

Reflexionad pues que la fe y la religion no mudan nada á nuestras relaciones y correspondencias honestas con los demas hombres; que la sociedad humana no es menos obra de Dios que la creacion del universo; que el evangelio, que es su mejor apoyo, no puede ser contrario á su conservacion; que su espíritu es ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de ciudadanos, y que por consiguiente nuestra santidad debe, como nuestra existencia, servir á la utilidad de nuestros hermanos. ¿Qué fuera del mundo, si no quedaran en él mas que hombres sin religion, sin costumbres, sin ley ni principio alguno de verdadera sociabilidad?

¿Sabeis, señor, porque el vicio conserva todavia algun miramiento, y no se atreve á pasar de ciertos limites? Es porque la virtud le impone la necesidad de la decencia, y que la presencia de los hombres de bien opone una resistencia invisible y sorda á la intemperancia de las pasiones y al desacato de los excesos. Por mas que la licencia y la incredulidad afecten una independencia desenfrenada reside en los siervos de Dios una secreta fuerza que modera su

su osadia, que contrabalancea sus escándalos, y que lucha sin cesar contra el esfuerzo inicuo que trabaja por corromperlo todo. Si se destruyera la comunicacion y trato de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y que estos se viesen libres de toda sujecion y miramiento, no quedara en el mundo un principio de seguridad ó consistencia social, y se perderia enteramente el freno de las costumbres públicas, que es el asilo que queda en la declinacion de las virtudes.

Si quereis conocer mejor la fuerza de estas reflexiones volved los ojos á vuestra antigua vida. ¿No es verdad que cuando estabais solo con don Manuel haciais entre los dos una sociedad muy depravada? ¿que vuestras máximas eran horribles, vuestros discursos abominables, y que vuestras acciones, proyectos y delirios se distinguian por un carácter espantoso de abandono total y corrupcion? ¿no es verdad que entonces hubiérais dejado perecer el mundo entero por satisfacer vuestras pasiones; que el uno hubiera sacrificado al otro por su interes personal, y que hubiérais trastornado un imperio, si vuestra fuerza igualara á vuestra perversidad, y si esta hubiera podido contentar la viveza de vuestros deseos?

Decidme mas. ¿No es tambien verdad, que si en estas circunstancias hubiera venido á veros un hombre zeloso, tal como me habeis pintado á don Mariano, al instante vuestra sociedad hubiera presentado otro aspecto, y que un estrangero no hubiera visto en ella

mas que tres hombres decentes, corteses y modestos? ¿no es verdad que no hubiera podido este observar mas que moderacion, que hubiera oido otros principios, y que el aspecto exterior fuera tan diferente, que le hubiera sido imposible distinguir al verdadero virtuoso de los que solo imitaban el estilo, y guardaban las apariencias? Así es verdad, señor, y podeis aplicar este ejemplo á toda la sociedad. Por él podréis tambien formar una idea de lo que esta debe á la ventaja de conservar en su seno algunos fieles discípulos de la religion.

Y no me digais que todo el fruto de este imperceptible y mudo apostolado que ejercen en el mundo los buenos que viven confundidos con los malos se reduce á formar algunos hipócritas, y que estas falsas apariencias no pueden producir bienes verdaderos, porque ya desde luego es una grande gloria de la religion que los que violan sus preceptos se vean forzados á fingir su carácter, y que les sea preciso esconderse para atropellar en secreto las virtudes y las obligaciones. Los buenos Cristianos son los que con su buen ejemplo hacen infame y deshonorada la profesion del vicio, y nada debiera alentar tanto á los perversos á abrazar el evangelio, como la esperiencia de que es necesario observar sus leyes aun para vivir estimados.

Rara vez es la depravacion tan extrema, que un hombre virtuoso no la contenga en los límites de la decencia; lo mas comun es que reciba la impresion íntima y verdadera que producen la religion y la virtud, y que se esfuerze á no parecer lo que es, para

obrar y hablar como el justo; pero este esfuerzo no es desmentido ni por su razon, ni por su conciencia. Antes al contrario quisiera tener la realidad; y si la aparenta es porque conoce las ventajas, y porque se avergüenza de su mal conducta, todavía hay en su alma una parte sana que le hace percibir que la semilla de la virtud está en su corazon.

Vos mismos habeis sentido esta disposicion secreta cuando tratabais con don Mariano. Entonces viviais abandonados á la ciega filosofia, que procuraba borrar los sentimientos de Dios y de la conciencia, y con todo os acordais distintamente que en el tono de cordura que el ascendiente de su virtud os forzaba á tomar, habia alguna cosa mas que fingimiento. Quizá estuvierais hoy en las mismas tinieblas, si no hubierais tenido la dicha de tratar con un justo en los dias de vuestros errores, y si no hubierais tenido un amigo entre los amigos de Dios.

Considerad, señor, que, conservando las relaciones á que os obligan vuestro estado y vuestra clase, no correis mas peligro del que corria don Mariano, que trataba con vos en aquel tiempo en que se os parecia tan poco. Si el espíritu del mundo y las costumbres de hoy no pretendieran como en los siglos pasados mas que relajar la austeridad del evangelio con opiniones dictadas por la indolencia y la sensualidad, y solo quisieran conciliar el cristianismo con nuestras flaquezas y defectos, su comercio seria mas peligroso, nos seria mas difícil perseverar en la alianza de Jesu-
cristo. Entonces fuera menester huir y buscar en las

montañas ó en las cavernas de la tierra un refugio contra la seducción de tan pernicioso artificio.

Pero hoy puede decirse que el mundo, á fuerza de depravarse, ha dejado de ser peligroso ; hay tanta diferencia de las costumbres de un cristiano á las de los insensatos de este siglo , que la vista de los excesos que nos circundan no puede hacer vacilar nuestro amor y confianza en el evangelio. Al contrario un espectáculo tan escandaloso debe confirmar nuestra fe , y estrechar mas los lazos que nos unen con Jesucristo ; porque no hay cristiano que al salir de las asambleas ó concurrencias , en que ha visto y oido los delirios de los hijos de tierra , no se diga á sí mismo lo que se decía Salomon : ¡ O inocencia ! ¡ ó virtud ! yo volveré á encontrarte en mi estancia solitaria , y allí reposaré en tu amable seno.

Nunca los Israelitas observaron mejor la santa ley que en medio de los escándalos y abominaciones de Babilonia. Desde aquella tierra estrangera sus ojos cubiertos de lágrimas se volvian sin cesar hácia Jerusalem , viendo la sacrilega profanacion con que se derramaba el incienso á Dioses de metal , y , recogidos en su afligido corazon , esclamaban : ¡ O Dios ! ¡ ó Dios de Israel ! tú eres el solo Dios que se debe adorar. Su trato con los Escribas y Fariseos en medio de Jerusalem les era mas contagioso que todos los excesos de la idolatria , porque es mas difícil , cuesta mas , y se tiene mas horror en atropellar de repente la religion y la virtud , que no ceder insensiblemente

á la lenta y porfiada tentacion que nos induce á alterar su austeridad y á acomodarla á nuestros gustos y pereza.

Cuando los fieles en el nacimiento de la Iglesia no se vieron cercados mas que de Judíos ciegos y endurecidos que blasfemaban el nombre de Jesus , ó de Gentiles que , desconociendo al verdadero Dios , se abandonaban á los excesos de la corrupcion mas brutal , los apóstoles no necesitaban de prevenir á sus discípulos contra el contagio de tan malos ejemplos , y jamas las virtudes del cristianismo se practicaron con tan sublime perfeccion.

La idea de alejarse del mundo y buscar asilo en los desiertos no nació entre los Cristianos por evitar el trato de los incrédulos , ni por esconderse á la vista de las persecuciones. Los primeros anacoretas no empezaron á temblar sino cuando vieron que las costumbres evangélicas iban flojamente declinando en la misma Iglesia de Jesucristo. Cuando el evangelio , que era ya la religion pública , empezaba á desfigurarse con las interpretaciones y temperamentos que el espíritu del mundo introducía en la severidad de su doctrina , entonces fue cuando los Cristianos fervorosos se espantaron del peligro que les amenazaba , entonces empezaron á separarse de los hombres , á despojarse de sus bienes , y á esconderse en las grutas para conservar puro el incorruptible depósito de la doctrina y de la moral de Jesucristo.

Este fue el origen de la poblacion de los desiertos y el de los establecimientos monásticos. No fue

el temor de imitar á los perversos, ni el de ser seducidos por los sofismas de los impíos ó por las imágenes de una grosera corrupcion; fue el peligro de perecer al pie mismo de la cruz, fue el temor de resbalar á los abusos y relajaciones de una moral que pretendia rebajar la sublimidad de la divina ley á la flaqueza de las imperfecciones y miserias humanas. Esto fue principalmente lo que pobló de repente los parages mas agrestes y rústicos, lo que obligó á los hombres á ocupar las cavernas de las fieras. Las máximas relajadas de los que viven con nosotros pueden tener mas fuerza para pervertirnos; pero la evidencia y el exceso de los escándalos son por lo comun un estímulo para la virtud.

Por desgracia, señor, nosotros no vivimos en aquellos tiempos menos corrompidos, en que á lo menos la fragilidad del corazon se conciliaba y podia consolarse con el respeto de la ley y con la esperanza de la enmienda. En medio del naufragio no se perdía de vista el fanal que dirige al puerto de la cruz; pero hoy, en varios parages, el vicio ha llegado hasta el último extremo, y no ha dejado una señal de cristiandad ni en el estilo ni en las acciones de los que ha logrado corromper; hoy la osadia de no reconocer ninguna obligacion, el arrojo de destruir todas las verdades, la infamia de renunciar á la virtud y la disolucion de las costumbres ha producido el horrible monstruo de la incredulidad.

Hoy pues el mundo debe parecer muy espantoso á todo corazon recto, y no hay peligro de que pueda ser su seductor. Los buenos que estan forzados á tratarle no pueden hallar en él mas que motivos para amar y practicar el evangelio, y repetir sin cesar en su interior: *Señor, tú eres el solo Dios que se debe adorar*; para volver con nuevo placer, y encontrar mayores embelesos en el recogimiento de sus pacíficos y amados asilos, y conversar trasportados de gozo con los amigos de Dios de las bellezas y dulzuras de su santa ley, como aquellos descaminados peregrinos, que despues de haber atravesado con terror por entre naciones bárbaras y feroces hallan al fin habitantes humanos y apacibles. ¡O Dios! exclamaba David (1), *los insensatos me han contado fíbulas; pero qué diferentes son de tus leyes admirables!*

No digo que debais arrojaros en el tumulto y torbellinos de las falsedades mundanas; solo quiero persuadiros que eviteis la afectacion de alejaros de vuestra familia, que no rompáis rudamente con los amigos que estaban acostumbrados á veros, que os presteis con dulzura y bondad á todo lo que os prescribe la decencia, cuando no se opondrá á vuestras obligaciones, que veais con indulgencia y soportéis todo lo que puede soportarse sin ofensa de Dios, que no seáis el primero á romper con vuestras antiguas relaciones, que sepáis como Jesucristo, ama-

(1) *Psalm. cxviii, 85.*

ble modelo de indulgencia, recibir y comer con los pecadores, y tened por cierto que los que, á pesar de vuestra reforma, continuarán en ser vuestros amigos no os servirán de obstáculo para que permanezcáis en la vida cristiana, y que aquellos á quienes vuestra sociedad no acomode se retirarán ellos mismos, librándoos de la pena de verlos y oírlos, sin darles motivo para que se quejen de vuestros procederés.

Por otra parte vos sois de una clase en que todos respetarán la religiosa delicadeza de vuestros principios. Vuestra devocion no se hallará en el caso de devorar el amargo disgusto de oír blasfemar lo que adora. Las personas de vuestro nacimiento, sean las que fueren sus costumbres y opiniones, son de ordinario reservadas, circunspectas y decentes; su educacion, el hábito de producirse en todas partes con atencion noble y cortesana los hace capaces de acomodarse en todas circunstancias sin chocar en ninguna. Las irrisiones y las discusiones impías estan hoy desterradas de toda sociedad decente. Los detractores de la religion no se manifiestan, porque saben que serian mal recibidos, principalmente en nuestra nacion, en que al desprecio comun añadirían el peligro de ser denunciados á los zelosos conservadores de la fe.

Fuera de esto el respeto del culto nacional forma una parte de la probidad, y los menos delicados al fin han conocido que el empeño de desacreditar la creencia y la moral solo cabe en la furia de un mal

ciudadano que pretende perjudicar al bien público. Vos mismo, cuando estabais alucinado por el mundo, no hubierais querido lastimar los oídos de los hombres respetables que se encontraban en las concurrencias, y debeis esperar igual procedimiento de los que han tenido la misma educacion y viven con el propio decoro. Los que son verdaderamente decentes saben conciliar el talento de no escandalizar á los hombres con la desgracia de ser ingratos á su Dios, y es lástima que esta calidad no sea un efecto de la virtud, sino de la crianza.

¿Porqué pues no tomaréis vuestra parte en las recreaciones inocentes y moderadas de vuestros amigos y parientes? *Alegraos*, decia David (1), *alegraos en el Señor*. La virtud no es triste, no tiene mal humor, ni es desconfiada; es franca, dulce, benévola, paciente; todo lo sufre, todo lo perdona; se fortifica, se alimenta con todo. Es verdad que un penitente debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dado entrada en su corazon á la iniquidad; pero este mismo dolor, por mas vivo que haya sido, ha de ir acompañado de un sentimiento tierno y afectuoso que se hermana con la alegría de la virtud.

En efecto no es posible acordarse del antiguo y pasado daño, sin hacer memoria del remedio y de la regeneracion presente. Así pues debe haber un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado

(1) *Psalm. xxxi, 11.*

tarde á un padre que nos engrandece tanto, y nos hace tan felices; y este arrepentimiento debe ser la perfeccion de nuestra alegría, como el recuerdo de una grande dificultad superada aumenta el gozo que produce un gran logro, y como la memoria de la miseria pasada añade dulzura al placer de la abundancia actual. Los que han pasado por los insensatos tormentos del amor profano son mas capaces de entender mejor esta verdad.

Vedaquí una idea compendiosa de los principios con que podeis gobernaros con vuestros iguales. Ahora voy á hablaros de vuestros inferiores, y espero que la suprema sabiduría á quien imploro no me abandonará; yo no tengo mas gusto, cuando las ocupaciones diarias de mi estado me dejan algun tiempo, que emplearle en la edificacion y utilidad de una alma que Dios me ha hecho preciosa, dándola derechos tan santos á todas las solicitudes de mi zelo: empearé por los criados, que tienen con vos relaciones necesarias y domésticas, y despues hablaré de los pobres.

» Si alguno, dice San Pablo (1), no cuida de los
 » que le pertenecen, sobre todo si son sus domésticos
 » y habitan en su casa, ya negó la fe en su corazon,
 » y es peor que el infiel». ¡ Sentencia terrible! pero
 que no espanta como debia, porque los amos irreligiosos, que renuncian para sí mismos las esperanzas de la fe, estan muy lejos de pensar en que tambien

(1) 1, ad *Timoth.*, v. 8.

les prescribe obligaciones para otros, y que Dios los hace responsables de la condenacion de sus criados; y el hombre justo, que no necesita mas que de su buen corazon para procurar la salvacion de cuantos le rodean, cumple con todos los preceptos de este artículo aun antes de saber que condena con tanto rigor la negligencia.

No es mi designio, ni fuera posible explicar en una carta todo lo que se debe á los criados; pero Dios, que os ha hablado con tanta eficacia y claridad sobre su ley divina, os dará sobre un artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas mas luces que pudieran daros las lecciones de todos los doctores de la tierra. Desde que os hizo conocer la excelencia y grandeza de vuestra naturaleza debisteis conocer el precio y la dignidad de toda criatura que tiene el mismo origen y el mismo destino que vos. Ya debeis conocer que todas estas distinciones que ponen tanta distancia entre los criados y los amos son pequeñas, y como la nada á vista del excelso y eterno carácter que Dios ha dado á los unos y á los otros, y que la religion y la virtud aniquilan todos intervalos con que los hombres viven separados.

Jesucristo, considerando esta unidad de dichas y bienes inmortales con que debia elevar á los apóstoles, exclamó con amorosa complacencia (1): ¡ Ah! ¡ ya no os llamaré mis siervos, sino mis amigos! Este divino maestro nos dió á entender que solo este

(1) *Joann.*, xv, 15.

nombre correspondia á la grandeza de los que su gracia santifica, y nos manifestó el amor con que mora en cuantos deben vivir y reinar con él en la perpetuidad de su propio esplendor.

La religion pues confirma y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á los hombres ; pero hay esta diferencia , que , aunque la naturaleza nos dice que todos somos hermanos , no consuela á ninguno de la dependencia y miseria en que la inevitable imperfeccion de las sociedades tiene sujeta á la mas numerosa porcion de los que la componen ; la religion sola nos consuela á todos , haciendo imperceptibles estas desproporciones , y absorbiéndolas todas en la inmensidad de la gloriosa perspectiva que presenta á los hombres sin distincion.

La naturaleza no sabe confortar al débil, no tiene con que acallar las quejas de los infelices , ni puede moderar el orgullo de los ricos y los grandes , sino diciéndoles á todos : « Un día vuestros huesos serán con-
» fundidos en el mismo polvo ; » pero la religion hace desestimar á los mas desgraciados , á los esclavos mismos que sufren el peso de sus cadenas , toda otra ventaja que la de ser eternas ; hace despreciar á los grandes su grandeza misma y todos los titulos que los pudieran seducir , porque dice á todos : « Los
» que yacen sepultados y duermen en las entrañas de
» la tierra se despertarán : los justos subirán á la
» gloria de Dios , y los malos serán precipitados á los
» eternos suplicios ».

Vos , señor , á quien la fe ha dado ya sus ojos , sus

sentimientos y su espíritu ; vos que ya sabeis que sola la virtud puede dar al hombre un grado de verdadera superioridad sobre los otros ; vos que aprendeis todos los días en la escuela del evangelio que nada de lo que es humano puede ser menos que vos , que la menor porcion de gracia en el corazon del mas mínimo de vuestros criados le da mas excelencia que son capaces de dar todos los cetros y coronas ; vos digo , ¿ cómo pudierais tener por indignas de vuestro zelo y atencion unas criaturas que tienen tanto derecho á la eternidad como vos , y que os igualan en la calidad que únicamente puede haceros grande , que es la capacidad de ser santo y la esperanza de reinar con Jesucristo en su imperio indestructible ? ¡ O hombres ! ricos y pobres , grandes y pequeños , amos y criados , todos podeis ser reies. ¿ No es pues ridiculo que os detengais en las pueriles y pasajeras diferencias que os distinguen en el rápido camino que haceis para llegar á vuestro trono ?

Con esto solo , señor , ya es inútil articularos lo que debeis hacer ; no es por falta de conocimiento que se descuidan las obligaciones privadas y domésticas , es por falta de religion , es por defecto de atencion á los altos motivos que la fe nos presenta ; y ved aquí el origen de tantas omisiones tan graves y tan culpables , ved aquí lo que nos endurece tanto el corazon , que no sentimos la menor inquietud. Esto es lo que nos hace ver con fria indiferencia que lo que depende de nosotros se desarregle y corra á su eterna perdicion. ¿ Cómo un hombre que circunscribe toda

su atención á la vida presente, y que no aprecia su propia inmortalidad, se afanará por cuidar de la salvacion de sus criados?

El que es malo para sí, decia el Salvador, ¿para quién puede ser bueno? Por eso, cuando se quiere conocer el carácter y los principios de los que ocupan los palacios suntuosos, no es necesario entrar en su interior, ni informarse de su conducta; basta ver esos pórticos soberbios en que un pueblo de criados ociosos ostenta todos los dias con estupidez su grosero orgullo, esos zaguanes en que una multitud de domésticos sin ningun principio de moral, y cuya inutilidad sola es un escándalo público, se atreve acaso á insultar á la modestia del artesano y á la miseria del pobre. Este es el rótulo que indica el espíritu y las costumbres de muchos ricos; no es menester verlos para conocerlos, basta pasar por las puertas de sus casas.

Vos no me habeis explicado vuestras ideas sobre las mudanzas ó reformas que pensais hacer en vuestra casa, pero no importa; porque desde luego imagino los proyectos que puede tener una alma que la gracia dirige. Estoy cierto que vuestro primer pensamiento será alejar de ella á todos los que no consiguiéreis hacer mejores, que volveréis los ojos, como un santo rey de Judá, á los fieles de la tierra para incorporarles en vuestra familia, y que no confiaréis el servicio de vuestra casa sino á personas de corazon recto y que marchen en el camino de la inocencia.

Tambien estoy persuadido de que no permitiréis que se vuelvan á oír al rededor de vuestra habitacion esos discursos libres, esos clamores indecentes de criados perezosos, que, fiados en la indiferencia del amo para el bien, y revestidos de la librea de su grandeza, pierden el hábito del trabajo, de la modestia y de la sobriedad, preparándose dias infelices y una vejez llena de oprobrio y de miseria. Sin duda que escogeréis para criados hombres que debais estimar, que podais amar como honrados, y tal vez respetar como justos.

Estoy seguro de que vuestra casa, antes teatro de una licencia sin freno y de una disipacion sin medida, se trasformará por vuestro zelo en una region de paz, de armonía, de tranquilidad, de buen orden y de caridad arreglada; que no se verán en ella hombres inútiles, que desaparecerán las superfluidades del fausto y los excesos de la vanidad; en fin que no volveréis á caer en la culpa imperdonable de los ricos del siglo, que, para sostener el miserable cortejo de su orgullo, quitan los labradores á los campos, los soldados á la patria, los artesanos á la sociedad, y contribuyen á los estragos del lujo y de la opulencia.

Espero que la reglaréis de modo que cada criado tenga su empleo y cada hora su ocupacion, que velaréis para que todo se administre con orden y economía; que no desdeñaréis la primera y mas esencial de las obligaciones, la que es mas digna de un padre de familia, que es ponerse á la frente de

su régimen doméstico, presidir á la conducta de todos sus negocios, verlo todo, y verificarlo con sus propios ojos. Esto es lo que el Espíritu divino llama saber gobernar su casa. El amor del orden y la justicia deben dirigir estos afanes, y aquel que los descuida y se descarga sobre otros de cuidados que tanto le interesan no conoce la sabiduría del evangelio. Merece lo que sucede de ordinario á los que por pereza ó por orgullo abandonan esta vigilancia, que es ver presto su ruina, perder los medios de conservar su estado, la tranquilidad de su vida y la fortuna de sus hijos.

En fin, señor, yo me represento vuestra casa como los apóstoles nos pintan las santas familias de los Cristianos primitivos. Entonces se llamaban iglesias ó congregaciones de escogidos. Los amos eran buenos, dulces, indulgentes y moderados; porque no consideraban á los que les estaban sometidos sino como hermanos y compañeros de la vocacion celeste. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles; porque temian menos la cólera y el desagrado de sus amos que los remordimientos de su propia conciencia.

En las horas consagradas á los ejercicios diarios de la religion desaparecian todas las diferencias de fortuna, de estado y edad. Padres, hijos y criados se juntaban en el mismo lugar dedicado al culto doméstico, y los criados eran siempre advertidos para que concurriesen así á las lecturas devotas como á las santas instrucciones que los padres de familia

familia daban en tiempos arreglados á sus tiernos hijos. ¡ Ah, señor! solo un buen corazon es capaz de apreciar y sentir cuanta gloria se encierra en la sublime práctica de una conducta arreglada. ¡ Qué feliz es el hombre que sabe ser tan útil á los que Dios ha confiado á su cuidado y zelo!

Considerad cuan hermoso es y cuan admirable ver como la religion aniquila los errores de las pasiones, y como inspira á muchos grandes de la tierra proceder tan contrarios á los del mundo. Ella los hace respetar, como dotados de un espíritu inmortal y eterno, á los mismos miserables que el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, á los mismos que parecen menos que hombres á aquellos amos orgullosos que parecen tan sordos á la voz de la naturaleza como á la del evangelio.

Yo he visto algunas veces con sumo gozo costumbres patriarcales y antiguas en medio de las ciudades populosas entre familias recogidas. Tambien las he encontrado en las habitaciones solitarias de personas desengañadas que se han retirado al sosiego tranquilo de los campos, y os aseguro que nunca se han reposado mis ojos sobre esta imágen apacible sin derramar con abundancia lágrimas deliciosas. Jamas he pasado algunos dias en medio de costumbres tan cristianas y amables, sin afligirme de que mi vida no pueda ser una eslabonada cadena de momentos tan dulces; jamas he cesado de admitir estos asilos de paz, en que Dios es tan grande y los hombres tan buenos y felices.

Penetraos pues del espíritu de los tiempos apostólicos, y nunca os olvidéis de que los que os sirven son hombres. Tened presente que si ellos sirven al Señor, han de ser reyes, y que un día juzgarán con Jesucristo á los jueces de la tierra y á los amos del mundo; que el primero y el mayor de los soberanos del universo, si no es religioso y justo, será infinitamente inferior al mas oscuro de los siervos de Dios, que, cuando sea santo, tampoco será mas que su hermano, y que ninguna criatura puede tener otra excelencia ni otro precio que aquel que recibe de sus relaciones con el Hombre Dios, por el valor que le comunica su soberana santidad.

Esta verdad es muy gloriosa á Dios, y debe consolar mucho á los pequeños y los pobres. San Pablo estaba tan persuadido de ella, que se le vió hablar y ocuparse en la suerte de un pobre esclavo con un zelo tan vivo y tan ardiente como hubiera podido hacer por el destino de los Césares ó por el interes de todas las naciones. El hecho que me da motivo á este discurso merece que os lo refiera.

Onésimo era esclavo de un cristiano, Onésimo no confesaba á Jesucristo, no conocia su doctrina y promesas; así no es mucho que fuera un servidor infiel, en efecto engañó á su amo. Convencido de infidelidad huye, y por su dicha cae entre las manos de San Pablo, por entonces cargado de cadenas en las prisiones de Roma. Este grande apóstol se aplica á enseñarle la fe de Jesucristo, y hace un santo de un infeliz que estaba cerca de alistarse entre los

salteadores; pero admirad con que fuerza y ternura le recomienda á su amo, y con que términos solicita el perdon de un esclavo que ya llora á los pies de Jesucristo su infidelidad y su desercion:

« Yo imploro, le escribe, vuestra bondad por mi » querido hijo Onésimo, por este hijo que he engendrado en el Señor, hallándome en esta prision. » Os le restituyo como un bien que os pertenece, » pero ya apto para serviros con utilidad; recibidle » como mi sangre y como un objeto muy precioso » á mi corazon. Quizá Dios ha permitido que se » alejase de vos algun tiempo, para que vuelva mas » digno de vos y que os quede unido eternamente. » Él me ha servido con tierna aficion en la cautividad que sufro por el evangelio, y le miraba menos » como siervo que como hermano querido y respetable. Si me amais, recibidle como á mi mismo, y cargadme de todas sus faltas; este es el » consuelo mas dulce que me podeis dar en las penas » que sufro, y haréis respirar mi corazon que está » oprimido de angustias y de aflicciones. »

¿Y quién escribe esto? San Pablo, un hombre divino, el terror de los magistrados romanos, el destructor de la idolatría, el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero, la antorcha mas brillante que ha mostrado la verdad al universo, la admiracion de Atenas, el oráculo de los Césares, y el mas venerable de los doctores y bienhechores de la tierra. Este hombre, uno de los mayores de los hombres, y del mas alto y elevado

carácter , se interesa con tanto ardor , y ruega con estilo tan espresivo por un pobre esclavo que se ha huido de la casa de su amo.

¡ Ay , señor ! es muy dulce repetirlo : La religion cristiana es la única filosofía que sabe reparar las desigualdades que las instituciones sociales hacen inevitables , y por eso la porcion mas desgraciada y débil de la humanidad tiene muchos motivos para amarla , muchas razones para ser religiosa y adorar un evangelio que la restablece con tanta gloria en su dignidad de hombres y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.

Cuando la religion no hiciera otro bien á los hombres , cuando no tuviera otro influjo que el de enseñarnos la bondad , dulzura , estimacion y amor que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y nuestra sangre , esto bastara para confesar que Jesucristo y sus apóstoles , á quienes debemos estos documentos , han sido verdaderos amigos de los infelices , y que tambien lo son de los poderosos , pues los hacen benéficos y humanos. Los sofistas de nuestro siglo , que sin cesar se quejan del orgullo y de la dureza de los ricos , debian poner todo su estudio en hacer que reciban y adoren la doctrina del evangelio.

Aquí era el lugar de hablaros de los pobres ; pero esta carta es ya demasiado larga , y temo importunar vuestra atencion , tanto mas cuanto es difícil hablar poco de los pobres , porque la materia es rica. Me parece mejor reservarlo para la primera

que os escriba. Pedid á Dios que me dirija , como yo le pido que os guarde muchos años.

¿ Teodoro , no admiras la fecundidad y el infatigable zelo de este varon incomparable ? No me canso de dar gracias al cielo de haberme deparado un director que cada día me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la religion. ¡ Qué lejos estaba yo de conocerlas ! ¡ cuánta razon tiene él , me digo yo cada instante , para asombrarse de que pueda haber incrédulos ó malos sobre la tierra despues que el evangelio ha brillado á la vista de los hombres ! Al que llega á ver la religion con ojos como los suyos debe parecer imposible la demencia feroz de desconocerla ó profanarla. Yo te remitiré copia de la nueva carta que me promete , porque copiándolas las leo mejor y las estudio mas ; puedan ellas serte tan útiles como á mí. A Dios , Teodoro querido.
